


# LAS JAULAS



CHRIS WINTERTON

UN RELATO DE WARHAMMER HORROR

**Título Original:** *The Stacks*

**Autor:** *Chris Winterton*

**Traducido:** *Kaohs1980*

**Corregido:** *Kylasier*

**Montaje y Revisión:** *Kas*

**Portada:** *Valncar*




**Más allá de las palabras**

**Todo el trabajo que se ha realizado en este libro, traducción, revisión y maquetación, está realizado por admiradores de Warhammer con el objetivo de que más hermanos hispanohablantes, disfruten y compartan de este gran universo.**

**Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda**

# LAS JAULAS

## POR CHRIS WINTERTON



La *Archivera-Praefectus* Livia Tiro, se golpeó con la mano la cuenca del ojo, como si quisiera hacer que el nervio óptico, se despertara en su cerebro. Destellos de formas cambiantes y coloreadas se retorcían en la oscuridad detrás de su párpado. Sólo había dormido un puñado de horas desde que la Biblioteca recibió el encargo de la Inquisición. Livia se estiró, lo suficientemente fuerte como para que se le resquebrajara la columna vertebral (aunque el dolor de hombros seguía siendo implacable) y continuó su búsqueda en las abarrotadas estanterías que bordeaban la sala, mientras un servocráneo las recorría con ella.

Estaban abarrotadas de libros antiguos y frágiles pergaminos, que se hundían bajo el peso de los textos escritos por los predecesores de Livia en sus intentos de documentar el contenido de la Biblioteca. Livia lo había revuelto todo en busca de cualquier indicio de la ubicación del tomo que exigían los Santos Ordos. La tinta acidificada, hacía tiempo que había quemado el contenido de los primeros, convirtiendo las páginas en frágiles

tablillas. Los escritos posteriores, estaban llenos de errores y omisiones, con sistemas de referencia ya abandonados. Incontables horas de trabajo, habían reducido el paradero del tomo a la Sección Restringida, pero incluso esa instancia, era una extensión inmensa. Envió la noticia a los archiveros que buscaban y continuó con su trabajo en un intento de localizar definitivamente el tomo, realizando tal actividad como un excusa y remedio contra el nerviosismo provocado por la orden dada por los Santos Ordos.

Sacó un mapa de las estanterías y desenrolló el frágil pergamino sobre su escritorio, encima de los libros y gráficos desechados que ya estaban esparcidos por allí. La defectuosa topografía, hacía que el frágil papel se resquebrajara. Sus propios y malogrados intentos de cartografía, constituían el escalón más bajo de la amalgama de falsedades que había sobre su mesa. Todos los documentos del despacho del *Praefectus*, eran erróneos en mayor o menor medida, pues el contenido de la Biblioteca crecía demasiado rápido dentro de una estructura demasiado vasta para ser memorizada. La ya considerable superficie encerrada dentro de la superficie de las paredes de la Biblioteca, multiplicaba muchas veces el laberinto de estanterías que se plegaban sobre sí mismas, creando un gigantesco dédalo geométrico.

El último mapa hallado, mostraba la extensión principal de la Biblioteca con todo lujo de detalles. Una vez orientada, Livia recorrió la intrincada red de líneas y la uña de un dedo que arrastraba por él, cubrió en segundos lo que tardaría horas en hacer a pie. El servocráneo que se cernía sobre su hombro, le resultaba más molesto que útil y los ojos de la bibliotecaria Mayoris, observaban impasibles sus progresos. Movió el dedo hacia la sección restringida. Aquí las estanterías no continuaban en sus recorridos angulares, sino que se limitaban a pequeños cuadrados, que representaban las jaulas en las que se encontraban los libros, cuyo contenido estaba prohibido.

Su dedo empezó a pasar entre los números de referencia dentro de cada caja entintada. Por fin encontró el código que buscaba, con la yema del dedo machacando el pergamino. Volvió a revisar sus notas, aunque sin necesidad de hacerlo: el Edicto de la Inquisición, estaba grabado en su mente, pues el tomo que solicitaban, estaba identificado por una cadena de caracteres. La referencia del mapa coincidía exactamente con ella.

El alivio de Livia fue momentáneo; encontrar la ubicación en el mapa era una victoria menor e incierta, la esperanza residía sólo en su presunta exactitud. No perdió tiempo en saborear su frágil triunfo, hizo una copia apresurada de la sección del mapa en su cuaderno y salió corriendo de la celda, mientras el servocráneo seguía su paso.

Livia había perdido la noción del tiempo mientras trabajaba, pero sabía que habían pasado muchos días desde que salió del vestíbulo. Todavía conmovida por la llegada de la petición de la Inquisición, la *Archivista Mayoris* había convocado a todos los archiveros que pudo y enviado un equipo a las profundidades para localizar el tomo. Aún no habían regresado. Tampoco lo habían hecho los dos que les siguieron. Livia había dejado de observar sus salidas entonces, dejando a los demás en vigilancia.

El resplandor de la sala se filtraba en el pasillo, pero incluso estando prevenida, Livia tuvo que protegerse los ojos de la gran cantidad de velas que se agolpaban en el *Santuario de los Perdidos*. Una, por cada alma consumida por las profundidades. La Biblioteca estaba quemando muchisimas vidas para encontrar lo que la Inquisición buscaba. A pesar del calor que desprendía el *Santuario*, Livia no pudo evitar un escalofrío. Hizo una rápida reverencia ante ella, aunque las puntas de las alas del áquila que hizo, parecían sucios andrajos debido a sus uñas mordisqueadas.

Un guardián se dirigió hacia ella a través de la cámara desierta, con la túnica oscura apretada a su alrededor. Detrás de él, Livia pudo ver el sello

de la Inquisición grabado en las puertas que cerraban la entrada a la Biblioteca. Dentro de la "I" de tres barras del pesado sello, en la parte inferior del acceso, una calavera la observaba con una mirada torva.

**-*Archivera-Praefectus*...-** dijo el guardián.

Aunque apenas era más que un susurro, debido al espacio vacío, la voz del guardián llegó claramente a los oídos de Livia.

**-La *Bibliotecaria Mayoris* ha ido a prepararse. La Inquisición está enviando un emisario en estos momentos para conseguir el tomo. Un acólito partirá con él, aunque tenga que enfrentarse a la Biblioteca para arrancarlo de las estanterías-** le explicó en tono severo y autoritario.

La indignación hizo temblar el cuaderno que portaba Livia en la mano. Un forastero en la Biblioteca, equivalía a una profanación, sin importar la autoridad que lo ordenase. Su distanciamiento con el *Mechanicus*, los había salvado de los peores abusos de más allá de sus muros, pero la Biblioteca había quedado marcada para siempre desde la última vez que un Inquisidor había pisado sus pasillos. Apretando su cuaderno, sus dedos se habían quedado sin color. Se aferró a una débil esperanza.

**-¿Y los demás?-** preguntó Livia asustada.

**-No ha habido ninguna comunicación desde el interior. Se han perdido. Tú eres la última a este lado de la puerta-** le espetó desdeñosamente el guardian.

Livia miró de nuevo hacia el *santuario*, con los ojos llorosos por la cantidad de velas. Desde su punto de vista, las opciones parecían muy poco importantes y los muchos aspectos del deber, se convertían en un lazo que la obligaban a seguir adelante. Miró hacia arriba, hacia los santos y mártires pintados en el techo. Colgando de candelabros muertos hace tiempo, estalactitas de cera formaban dedos acusadores. Se dirigió hacia la puerta.

**-Puedo recuperar el tomo. Sé dónde está-** le informó seriamente al Guardián.

En algún lugar de su interior, trató de encontrar la confianza que le permitiera estar a la altura de su tono.

**-Que el Dios-Emperador guíe tus pasos, pues. Él envía a su Inquisición, debido a que les hemos fallado-** se resignó a informarle.

En la puerta, el guardián levantó una valija repleta de velas grandes y se las tendió a Livia. Livia las cogió, metió su cuaderno en el interior, desenganchó el portavelas de su cinturón y encendió una vela procedente de la llama que le ofreció el guardián.

Así armada, entró en la Biblioteca.

El primer candelabro, se alzaba al otro lado de la puerta, como un pálido fantasma que sobresalía de la oscuridad. Su estructura de hierro se había ahogado hacía siglos bajo las vastas cascadas de cera que lo envolvían, testimonio de los innumerables archiveros que habían partido de aquí hacia las profundidades sepulcrales que había más allá. Livia sacó una vela de su bolsa, invirtió su estilete y marcó sus iniciales en la base. La encendió y escaló los asideros del monolito de cera para asegurarla sobre el montículo de sus parientes fallecidos. Era un parpadeo en la oscuridad para guiar su camino de vuelta, el primero de muchos que marcarían su rastro.

La luz sólo revelaba el más mínimo indicio del espacio estigio que tenía por delante. Los mapas que había estudiado en su despacho, no reflejaban la magnitud de la Biblioteca. Las estanterías se alzaban frente a ella en innumerables filas, aunque aquí se elevaban sólo dos pisos y las escaleras las cruzaban. A lo lejos, las estanterías se elevaban más, con escaleras de caracol que accedían a balcones que las recorrían.



La Biblioteca contenía libros, revistas, correspondencia, mapas, cartas estelares, manifiestos, informes y manuscritos de todos los ámbitos. Sólo la sección de historia militar del sistema, era inmensa y llenaba un estante tras otro. La gran ala a la derecha de Livia, contenía duplicados de los anales de derecho de los *Arbites*, repleto de documentos de juicios y sentencias, que se complementaban semanalmente. A su izquierda, estaba el ala que contenía los archivos del *Administratum*, que crecía a cada hora. En algunos lugares, las estanterías desaparecian por completo bajo los montones de papeles que se habían ido apilando en el pasillo, con túneles improvisados que se abrían paso a través de las tambaleantes acumulaciones, iluminadas por raras y preciosas luces.

Livia levantó su vela, ampliando el círculo de luz que la rodeaba. La oscuridad se agolpaba por todos lados, su propia sombra se desbocaba y se movía contra el suelo, clavando la agobiante negrura de la Biblioteca en sus talones. Se adentró en las estanterías, perturbada por la presencia aún desconocida del servocráneo en su hombro, pasando por estantes de madera oscura con los bordes pálidos por el paso de innumerables manos. Su trayectoria se convirtió en un zigzag que se adentraba en la Biblioteca, bordeando callejones sin salida y tramos de estanterías intransitables.

Livia se detuvo de repente. Un montón de velas en desuso aparecieron en su camino, una de ellas aplastada por el peso de un pie que había bajado. Se esforzó por imaginar por qué un Archivero no se detendría a recoger las velas dispersas. Incluso cuando se arrodilló para añadirlas a su propia provisión, buscó alguna pista sobre lo que había sucedido, pero no encontró ninguna.

El servocráneo giraba en círculos y comenzó a descender hasta quedarse frente a ella. Livia levantó la vista con una sacudida. Su presencia (que había dejado de percibir mientras recorría las estanterías) volvió a ser algo siniestro. Con sus cuencas vacías a la altura de sus ojos, se detuvo y unas plumillas salieron de su mandíbula cercenada con un castañeteo, para de repente, escribir un mensaje en el pergamino que tenía debajo. Comenzó a escribir y las plumillas, plasmaron las palabras de la *Bibliotecaria Mayoris* en tinta sobre el pergamino que colgaba, antes de que se retiraran detrás de sus dientes.

***"Él está aquí. Ya viene. Ha atravesado la puerta. Encuentra el tomo y nuestra salvación, si no queremos acabar quemados***."

La vela que había recogido, se cayó de los entumecidos dedos de Livia. Se quedó un momento en medio de aquella total oscuridad, mientras se ponía en pie y empezaba a correr. Esperaba tener días, tal vez una semana, para llevar a cabo su tarea… no un puñado de horas. La boca se le secó tanto como los pergaminon que la rodeaba y el pánico que desprendían las palabras de la *Majoris*, se apoderó de ella. Le temblaban los dedos mientras se apresuraba a encender cada vela, que dejaba como marcador del camino. Las llamas bailaban titileando y más de una vez, temió apagarlas cegada por su apuro. Sabía que estaba dejando un rastro para que su perseguidor lo siguiera, pero sin ellas para guiarla, no habría forma de volver. El servocráneo y sus improperios acechaban sus pasos, tan ineludibles como el emisario de la Inquisición que ahora la perseguía hasta el tomo.

El paso desesperado de Livia, se interrumpió cuando vio la luz más adelante. Su propia vela tembló al contemplar la idea de que, de algún modo, había sido adelantada y desviada hacia el acólito de la Inquisición. Se obligó a seguir avanzando, con pasos temblorosos cada vez, confiando en que el Dios-Emperador la protegería a ella y a las obras a su cargo de cualquier destino que les aguardara.

Divisó una oscura figura desplomada junto a una vela que se estaba apagando.
Lejos de ser el instrumento de la Inquisición erguido e iracundo que esperaba, encontró a un guardián vestido de negro que se hallaba desplomado junto a los estantes, cuya vela era apenas visible.
Livia se acercó con cautela, más atrevida de lo que hubiera sido si no hubiera imaginado al principio que algo más espantoso la acechaba. Las marcas del flagelo en su espalda, eran un recordatorio del castigo por romper el silencio de la Biblioteca, así que no dijo nada mientras se acercaba. Estaba casi a su lado cuando se dio cuenta de que había cometido dos errores: en primer lugar, que el guardián estaba muerto y que sólo era la luz parpadeante de las velas, lo que daba al cuerpo la ilusión de un movimiento vivo.
En segundo lugar, se dio cuenta de que no se trataba de ningún guardián.
Livia estudió la figura caída. Cuando era novata, la habían enviado a hacer trabajos pesados para recuperar los cadáveres de los archiveros perdidos por casualidad, pero nunca un cuerpo fresco. Lo que había confundido con una túnica oscura de guardián era, de hecho, el blanco hábito de un Archivero.
Su atuendo estaba tan lleno de escritura, que estaba manchado casi por completo de negro debido a la tinta, letras y símbolos dibujados en la tela, aunque se parecían muy poco al gótico alto y bajo, o a los dialectos nativos con los que Livia estaba familiarizada. El servocráneo se acercó, con sus plumillas bailando en alguna ocasión, pero sin escribir nada.
En sus páginas abiertas había tanta tinta, que al principio Livia no había podido distinguirlo: había un cuaderno de notas anidado en el regazo del archivero.
El texto, había sobrepasado los límites del papel y se había expandido por la túnica y aún más. Allí donde la tela resultaba insuficiente, habían empezado a inscribir las palabras en su propia piel, grabando letras en la carne con su propia estilografica. De las heridas autoinfligidas, colgaban rizos de tejido

extirpado. No era sólo la tinta lo que manchaba sus túnicas, sino también la sangre seca. Curiosamente, el cadáver parecía tan blanco como deberían haberlo hecho las túnicas. La estilográfica, se mantenía sujeta con fuerza en la mano, con la pluma desafilada y doblada. Había tardado tanto en su tarea, que las primeras palabras cortadas en su piel habían empezado a formar costras. En los lugares donde la carne se extendía sobre los huesos y los tendones, se podía ver el trabajo del cuerpo dentro de las letras profundamente talladas.

Livia se encontró masajeando su antebrazo, acariciando su carne intacta con compasión, incluso mientras se inclinaba para leer las palabras manchadas de sangre en el cuaderno, el origen de la cascada de tinta y locura. Devoró la pequeña fracción del texto que pudo entender antes de que la escritura se transmutara en un tumulto irreconocible: eran notas de expedición, una costumbre que Livia nunca había practicado, que registraban a grandes rasgos el camino del archivero, claramente continuado desde una página anterior.

*La nueva ruta funciona casi tan bien en la práctica como en la teoría, gracias al Emperador.*

*Las jaulas no están lejos de aquí.*

*Temo perderme entre el hierro… Me muevo en círculos. No puedo encontrar el camino hacia adelante.*

*Hay una luz delante que no es la mía.*

*Lo veo. Tiene el tomo. Estamos salvados.*

*Alabado sea el Emperador.*

*¿Por qué no ha regresado con él?*

*¡Rompe los votos! ¡Habla dentro de estas paredes!*

*Dice que mi destino está escrito en el tomo.*

*Que debo leer lo que será de mí...*

Después de eso, comenzó a escribir en aquel dialecto desconocido, extendiéndose hacia adelante y hacia afuera. Livia se sintió obligada a seguir la escritura, cautivada por la tarea de intentar descifrarla y al hacerlo, comprender lo que había llevado al archivero a tales extremos. Se inclinó aún más, contorsionándose en su lugar, tratando de seguir las serpenteantes líneas del texto.

La cera caliente se derramó sobre el borde del portavelas y le salpicó la muñeca. Se estremeció al sentir el calor y con ello, se rompió el encanto hipnótico de la escritura. Sus ojos estaban cansados y secos. La vela se había consumido mucho más de lo debido. Había perdido un tiempo precioso que no podía permitirse perder. Livia miró el cuerpo con pesar y luego apartó la mirada de los símbolos enmarañados.

Murmurando una silenciosa oración al Emperador por los muertos, se adentró en la oscuridad, alejando el deseo de llorar y la curiosidad que las palabras grabadas en la carne del cadáver habían despertado en ella. Cualquiera que fuera la locura que se había apoderado de ellos, los había llevado muy lejos. Livia agradeció al Emperador el giro del destino que los había puesto en su camino. Ahora sabía que el tomo estaba donde esperaba que estuviera, dentro de las jaulas. Todo lo demás podría solucionarse al recuperarlo. Livia sólo tenía que adelantarse al acólito y ofrecérselo. La Inquisición y sus agentes no recompensaban el fracaso con piedad. Sin algún medio de negociación, no tenía ninguna expectativa de sobrevivir a un encuentro. Recuperar el libro podría ser una muestra para inclinar la balanza del juicio a favor de la Biblioteca.



Con los ojos puestos en los estantes, Livia sintió que la ceniza se desmenuzaba bajo sus pies antes de poder verla. Sus pies, trituraban las páginas chamuscadas en fragmentos a cada paso que daba, mientras vadeaba la masa de cenizas que se había acumulado entre las estanterías. Se consoló sabiendo que el daño era irreversible mucho antes de este último acto de profanación. Sus labios agrietados pronunciaron oraciones silenciosas.

El pasillo de estanterías cesó bruscamente y la luz de la vela de Livia se amplió de repente, pero no logró iluminar más que una fracción del vasto vacío que se extendía ante ella. Retrocedió de un salto, como si estuviera al borde de un precipicio, aferrándose al extremo del último estante. Se apresuró a colocar una vela nueva en el candelabro que tenía clavado burdamente. La débil llama no hizo nada para alejar la oscuridad que la invadía. Livia se armó de valor y se adentró en aquel vacío antinatural, empujando a través de los montículos que le llegaban hasta los tobillos formados por los restos ennegrecidos y frágiles de los libros, avivando el olor a humo y encontrando de vez en cuando una esquina o un lomo intactos con los dedos de los pies. El servocráneo se escabulló hacia abajo, arrastrando sus pergaminos que rozaban la ceniza.

El progreso de Livia la llevó a través del epicentro de la destrucción. Aquí la ceniza se diluía, revelando una enorme marca de quemaduras sobre las losas agrietadas, que se extendía a lo largo de decenas de metros. La última vez que un inquisidor tuvo ocasión de entrar en la Biblioteca, habían hecho una pira para destruir las obras que consideraban heréticas. Los estantes habían sido derribados con hachas y espadas sierra y dos docenas de archiveros, habían sido arrojados a las llamas sobre los libros, manteniendo sus votos de silencio incluso mientras se consumían. Fue hace siglos, pero la herida aún estaba fresca, una marca indeleble contra el cargo de guardianes que les había otorgado el Emperador. Livia era capaz de imaginar el calor feroz y el olor a papel y carne consumidos por igual.

Aquella vasta estancia, era la denominada *Lacuna*.

Las estanterías del otro lado de la *Lacuna*, estaban agrietadas por el calor y ennegrecidas por el hollín. Livia se apresuró a buscar refugio en ellas. El primer candelabro estaba un poco adentro, la piedra del suelo aún mostraba las marcas de haber sido arrastrado a una nueva posición para evitar el sacrilegio de encender una nueva llama dentro de la Lacuna. Entre los colegas de Livia, había quienes mantenían que en algún lugar de la periferia

inexplorada de la Biblioteca, alguien había construido su propio santuario a los perdidos, conmemorando los libros a su cargo que habían sido destruidos, colocando velas en él, pero sin encender ni una sola.
Volvió la vista hacia la última vela que había dejado para marcar su camino (cuya pequeña llama casi se perdía en la distancia a través de la extensión de la lacuna) y se sobresaltó cuando quedó momentáneamente obscurecida.
*Alguien había pasado entre ella y la llama, alguien que no tenía su propia vela.*
Experimentó un escalofrío que no tenía nada que ver con el aire frío de la Biblioteca. Alguna peculiaridad de la momentánea silueta, le dijo que no se trataba de un archivero, que sólo podía ser el acólito de la Inquisición que la había alcanzado, contemplando el resultado de la atrocidad de su lejano predecesor.
Livia se dio la vuelta y huyó, casi tirando la vela en su precipitación. La preciosa llama que iluminaba su camino, parpadeó agitada por la rapidez de su paso. Su túnica ondeaba en los tobillos y el servocráneo, la seguía pegado a su espalda
Pasó por delante de dos candelabros antes de atreverse a detenerse para marcar su camino, trasladándose de un pie a otro, con la respiración entrecortada. No tenía más remedio que iluminar el camino de vuelta, a pesar de saber con certeza que eso le abría el camino a su perseguidor. Se dijo a sí misma que podría adelantarse al acólito y que tal vez, si conseguía recuperar el tomo, podría apaciguarlos. Era una esperanza tan pequeña y vacilante como la llama que encendió y se marchitó cuando miró hacia atrás y vio la figura pasar ante el candelabro anterior.
Se desvió por una fila de estanterías y dio dos vueltas más, mirando desesperadamente a ambos lados para encontrar algún punto de referencia en las estanterías por el que guiarse. Al mirar hacia atrás, vio a través de un hueco en las filas de libros que el acólito se acercaba a ella. Las velas que había dejado atrás le habían marcado el camino, pero la que llevaba la hacía

fácil de seguir. Livia actuó sin pensarlo (ya que el peligro presente la asfixiaba más que los viejos tabúes) y apagó la vela. La oscuridad intensa se cerró a su alrededor, consumiéndola por completo, y el estante al que se aferró fue su única ancla en el mundo.

Privada de la vista, se esforzó por oír la aproximación del acólito, luchando por distinguir algo más allá del sonido de su propio corazón martilleante y el chasquido del aire de sus pulmones agitados. La pálida forma del servocráneo se cernía sobre ella, como un fantasma burlón del sol que no había visto desde el comienzo de su servicio en el *Administratum*. Oyó el susurro de un pie calzado rozando la piedra. El pánico la hizo correr de nuevo. Sin ver, se estrelló contra una estantería y la vela desechada y el portavelas, se le escaparon de las manos y se desparramaron por las losas.

Sin la vela, el hambre creciente y el dolor de sus miembros, se convirtieron en la única forma que tenía Livia de marcar el tiempo. El progreso se medía por el número de estantes que recorría a trompicones, guiándose entre ellos gracias a una mano extendida.

Estuvo a punto de romper el silencio cuando sus manos se toparon con los barrotes de hierro que se extendían por las estanterías y las escamas de óxido que se desprendian bajo sus dedos. Los barrotes mantenían los libros cerrados tras ellos, inaccesibles para cualquiera que no tuviera la llave adecuada. Eran una forma menor de las jaulas que ella buscaba y significaban en la vasta geografía de la Biblioteca, que estaba junto a su objetivo. Arrastrando los dedos por las jaulas de hierro oxidado, aceleró el paso y disminuyó la velocidad cuando vio un indicio de luz más adelante. Las estanterías estaban tan separadas que no podía abarcar el pasillo con los brazos extendidos, las cuales formaba una amplia esquina delante de ella. La luz emanaba justo al otro lado de aquella esquina de jaulas.

Livia se acercó cautelosamente a la esquina, con los ojos llorosos por la repentina intensidad de la luz. Iluminado por la llama de la vela, vio a un archivero arrodillado entre un montón de libros esparcidos por el suelo.

Había arrancado las barras de sujeción para llevar a cabo esta profanación, y el hierro abigarrado, había sido tirado en medio del revuelo de volúmenes antiguos.

Mientras Livia observaba, el archivero arrancó páginas de un libro y se las metió en la boca con ambas manos, masticando con intensidad maníaca, dejando que la encuadernación despojada cayera sobre un montón de otros que había profanado. El caustico sonido de aquella grotesca escena, hizo que sus manos ascendieran por los lados de su cabeza para protegerse los oídos.

De sus labios brotaba complusivamente saliva y fragmentos de papel empapados y macerados. No se detenía ni parecía hacer una pausa para respirar, sino que seguía arrancando páginas de entre las tapas y forzándolas en sus rechinantes mandíbulas, manchándose los dedos, los labios y la barbilla de tinta. Tragó, atragantándose con la masa, con los ojos en blanco.

La saliva le chorreaba por la barbilla, sobre la túnica, ennegrecida por la tinta, enrojecida por la sangre que goteaba de las laceraciones que se observaban en la carne alrededor y dentro de la boca. Con las mejillas distendidas por las páginas que había devorado y la barba llena de efluvios, el hombre era irreconocible para Livia. Ella se alegró indeciblemente de esa pequeña misericordia.

En el fervor por devorar más páginas, se había desprendido de los dientes con los dedos empapados de saliva, forzándolos, arrancando incisivos y caninos, haciendo crujir el resto.

Livia se arriesgó a dar un paso cauteloso para acercarse, apoyándose en el lado más lejano de la hilera de estanterías con tanta fuerza que el frío hierro de las barras de sujeción, le raspaba la columna vertebral. Necesitaba la vela que alumbraba este abominable espectáculo, que el archivero había abandonado tan despreocupadamente, olvidada en el borde de un estante como si su luz no tuviera valor aquí. El servocráneo rondaba en el centro del pasillo. Era una distracción que podía delatarla. Lo cogió del aire con

las dos manos y lo acercó a ella, con los dedos índices enganchados en las cuencas de los ojos. Las puntas de las plumillas se clavaron en los dedos que había metido  bajo la mandíbula, mientras luchaba contra los suspensores que lo mantenían en alto.

Estaba casi a la altura del archivero cuando éste, se detuvo bruscamente, con los dedos de una mano aún perdidos dentro de su boca. En la otra mano, Livia pudo ver el muñón desgarrado de un dedo, mordido en su afán por consumir más libros. La sangre rezumaba lentamente de la piel desgarrada. Su determinación de mantenerse firme casi se desvaneció ante la expectativa de una arremetida agitada y el desgarrador mordisco de su maltrecha mandíbula que se cerraba sobre la carne de su brazo.

El archivero se convulsionó de repente y aquel movimiento hizo que Livia se sobresaltara, casi haciendo que se precipitara hacia la oscuridad. Se dobló con tanta violencia, que su cabeza se estrelló contra el suelo. Vomitó, pero no la masa de papel que Livia esperaba, sino un interminable y sedoso charco de tinta negra que se extendía hasta chocar con los libros que había a su alrededor. Aún agitado por los continuos espasmos, el archivero trató de recoger el líquido con sus manos mutiladas y de forzarlo a que volviera a bajar por su garganta. El creciente charco, manchaba la ceniza gris de la *Lacuna* que se pegaba a los pies descalzos de Livia, pegajosa y portadora de un inquietante calor corporal.

Livia soltó el servocráneo y cogió la vela y el soporte que el archivero había abandonado. Protegiendo la preciada llama, huyó con la bolsa de velas frescas golpeando en su muslo, el servocráneo arrastrándose detrás de ella, con el pergamino colgando. Las formas amenazantes de los candelabros surgieron de la oscuridad y casi la hicieron detenerse con la idea de que la habían atrapado, o de que su huida la había llevado de vuelta al bibliovoro. Temía que el rastro de sus propios pies manchados de tinta se cruzase. Cuanto más huía, menos probable le parecía, y la posibilidad de que siguiera las estanterías hasta su destino previsto en la sección restringida,

era cada vez mayor. Su mente se llenó de posibles rutas para salir de la Biblioteca, o de aquellas que la llevarían a una parte lejana de sus profundidades. Estuvo a punto de desviarse de su camino, pero mantuvo el rumbo. Confiaba en que la fe la mantendría a salvo de cualquier malignidad que hubiera destruido a los otros archiveros. La huida sólo retrasaría lo inevitable: sin su intervención, la Inquisición seguramente condenaría a la Biblioteca con la marca del fracaso y la incompetencia y vería el edificio y todo lo que había dentro purgado a fuego y espada. Por muy inútil que fuera, siguió adelante, con los pies doloridos y el cansancio calando en sus huesos.



Se encontró de repente con las jaulas más grandes, saliendo a trompicones de entre las estanterías y entrando en la sección restringida. Se hundió contra los barrotes en señal de alivio, recuperando su dispersa compostura.

Las jaulas eran uniformes, hechas de barrotes incrustados en el suelo de piedra, que se alzaban más del doble de la altura de Livia. En su interior, algunas estanterías estaban repletas de libros y curiosidades, mientras que otras sólo contenían un único volumen. La cerradura de cada jaula estaba adornada con una placa que llevaba el sello del último archivero que había accedido a ella, presionado en cera de vela pálida, oscurecida por el polvo.

Con dedos temblorosos, sacó su cuaderno y hojeó sus páginas, buscando el mapa que había dibujado de la distribución de esta sección de la Biblioteca. Las palabras escritas en el cuaderno del archivero muerto volvieron a ella. La locura que había vuelto séptica su mente había empezado aquí. Livia había sido capaz de ignorar eso hasta ahora, centrándose únicamente en encontrar las jaulas. Ahora que caminaba entre ellas, empezó a fijarse en lo

que podría haber más adelante, templando las pesadillas conjuradas contra la presunción de que no podía ser peor que la ira de la Inquisición decepcionada. Ahogó las voces antes de que pudieran alzarse en una cacofonía interna, concentrándose en las palabras de un himno de devoción al *Trono Dorado*.

Livia se acercó a un candelabro y metió la mano en su mochila, sacando una vela de su menguada provisión. Al presionar la base de la vela en la cera que cubría el candelabro, sintió calor bajo sus dedos. Su nublado cerebro tardó un momento en procesar su significado. El calor significaba que la vela no llevaba mucho tiempo muerta, que estaba siguiendo la estela de otro archivista, que quizás, por algún giro del destino o designio del Emperador, tenía una oportunidad de completar su misión. Miró frenéticamente a su alrededor, esforzándose por detectar cualquier señal de la presencia de otro. Alcanzó a ver la siguiente vela mientras titubeaba y se apagaba, un vacilante pinchazo en la oscuridad. Se acercó a ella tan rápido como se lo permitieron sus cansadas piernas y la alcanzó justo a tiempo para que sus dedos se hundieran en la cera que aún estaba fundida. Distinguió claramente la siguiente vela, alcanzándola momentos antes de que se apagara. La procesión de velas que se apagaban llevó a Livia a adentrarse en el laberinto de jaulas.

Más adelante pudo distinguir un resplandor más intenso a través del enrejado de hierro de las jaulas. Livia se dirigió hacia la luz, pero al acercarse se dio cuenta de que había confundido su escala. Mucho más cerca de lo que parecía, no era el resplandor de un candelabro coronado con velas, sino algo mucho más grande. Se estremeció ante la idea de un incendio, pero corrió hacia delante con la esperanza de apagar las llamas de algún modo. Una figura se encontraba en la periferia de las llamas, con el contorno difuminado por la luz que la rodeaba. Cuando empezó a discernir los detalles dentro del resplandor, vio que el fuego no era un infierno

continuo, sino que estaba formado por innumerables velas, que se elevaban en una masa de cera hacia los barrotes de la jaula y rodeaban la puerta abierta, y cuyo volumen daba la ilusión de un fuego monstruoso. Sobre la puerta abierta de la jaula, pudo ver que la cera roja corría y goteaba como la sangre, señal de que había sido cerrada bajo un sello inquisitorial.

Protegiendo sus ojos contra la abrasadora iluminación, Livia vio que la figura silueteada era la de otro archivero. Se volvió hacia ella, con las cuencas de sus ojos vacías, llenas de una oscuridad más profunda que cualquier otra cosa que hubiera dentro de las paredes de la Biblioteca. Tenía un libro abierto entre sus manos, como si ella hubiera interrumpido su lectura. Livia no dudaba de que era el tomo que había estado buscando. Se acercó, con la mano libre extendida hacia el libro, con los dedos casi rozando la cubierta. Él alargó su mano y se la puso en el hombro.

Una voz detrás de ella, sonó como la estruendosa declaración de un semidiós afrentado.

**-En nombre del divino Emperador y por el poder de la Santa Inquisición, os nombro herejes y maléficarum. Por vuestras acciones estáis condenados a muerte, por vuestros actos moriréis.**

Livia cayó hacia atrás, empujada por la mano del archivero en su hombro. Mientras caía, dos pequeños y penetrantes destellos de luz pasaron por encima de ella. El archivero se tambaleó, con los agujeros de las brasas en la túnica que enmarcaban los cortes cauterizados en la carne del pecho.

Livia cayó al suelo y su bolsa de velas, se desprendió de su hombro y se derramó por el suelo.

Algún instinto profundo la impulsó a ponerse en pie cuando el Acólito Inquisitorial se acercó a ella. Sólo la suerte había mantenido la vela en su portavelas encendida y en su mano. La hoja levantada de la espada del

acólito, brillaba con luz reflejada. Cuando Livia retrocedió para evitar el golpe descendente, el servocráneo se interpuso entre ellos. La espada del acólito, se topó con la calavera haciéndola pedazos, esparciendo astillas de hueso antiguo, pergamino desgarrado y un chorro de tinta de plumillas, salpicando a ambos de tinta. Los pasos que Livia habia dado hacia atrás, la llevaron a trastablillar con el cuerpo caído de la archivista, que yacía entre las velas en la boca de la entardad de la jaula y se dio cuenta de repente de que no tenía otro lugar al que huir.

Cuando Livia se le abalanzó, los ojos del acólito siguieron la vela en su mano derecha, mientras ella le clavaba el estilógrafo oscurecido por la tinta en su mano izquierda en el dorso de la muñeca. Su espada se desprendió de los dedos muertos para golpear el suelo con un estruendo ensordecedor. Él gruñó con una furia indescriptible y cambió la pistola láser que tenía en la otra mano por un puñado de la túnica de la mujer, con el arma colgando de su cadena en la muñeca. A pesar de que el estilógrafo de Livia seguía clavado en su mano, éste le arrebató la vela, arrancándola del soporte y dirigiéndola hacia su ojo. Incapaz de escapar, la vision de su mundo, se redujo al tamaño de la llama danzante. El chisporroteo y el hedor del pelo quemado, se extendió hasta que sus pestañas y sus cejas quedaron chamuscadas. El olor de su propia piel carbonizada se mezcló con el de una vela apagada. Perdida en el dolor, se ahogó en su propio silencio. La cera y la sangre corrían por su mejilla como lágrimas.

Livia se agitó y con el candelabro vacío, golpeó a su atacante en un lado de la cara. La punta del candelabro, se clavó en la carne y rebotó en el hueso una, dos, hasta tres veces veces, antes de que el Agente se lo arrebatase. El Acólito Inquisitorial, aún la tenía apresada, con el puño retorcido en su túnica, debilitado pero aún tenaz. Livia trató de obligarlo a retroceder, golpeándolo salvajemente una y otra vez con los puños y las manos abiertas, hasta que algo se rompió bajo sus golpes, fragmentos que la

cortaron, clavándose en su palma. El repentino olor a aceite sagrado sustituyó al de su carne quemada. La soltaron bruscamente, la arrojaron al vacío.

Livia se agarró a los barrotes de la puerta de la jaula. Su atacante brillaba bajo la luz de las velas, con el aceite empapándolo desde el pecho hasta las botas. El cuello roto de un frasco de cristal,  colgaba de una cuerda alrededor de su garganta, con un fragmento de cristal roto encajado en su armadura, haciendo que gotease su sangre. Livia agarró uno de los cientos de velas que tenía a su alrededor y lo lanzó cntra el agente inquisitorial, mientras el acólito levantaba la mismo tiempo su pistola y disparaba.

La llama de la vela lanzada por Livia se extendió, cuando alcanzó a su víctima. El acólito fue engullido por las llamas en aquel instante. El acólito se golpeó infructuosamente las llamas, luego se dio la vuelta y comenzó a correr, como una figura totalmente envuelta en fuego, gritando y arrojando sombras salvajes en medio de la oscuridad mientras recorría los pasillos entre las jaulas, chorreando llamas por todas partes.

El último disparo del acólito había alcanzado a Livia, pero no lo sintió y no fué capaz percibir el olor de la inmolación de su propia carne. El deseo de recuperar el tomo y completar la tarea que se le había encomendado, le habían servido de acicate para vivir un poco más. Con el ojo que le quedaba, miró al archivero muerto. Yacía rodeado de velas, enmarcado por el hierro y las llamas, el tomo cerrado sobre su pecho, cubriendo sus heridas.

Sobre el cadáver, el aire comenzó a retorcerse con un desgarro silencioso, la realidad comenzó a  desencajarse. Una grieta en el tejido del espacio, se desgarró, se flexionó y tembló. Floreció en el aire, derramando una luz fulgurante, viva con un marmoleado de todos los colores que Livia jamás había visto. Las velas empezaron a derretirse con la intensidad de la luz

que salía del portal y sus formas, empezaron a desvanecerse y a fluir. La cera que bajaba por la cara de Livia desde su ojo destrozado acabó licuándose, goteando hacia el suelo, teñida de sangre. Se formaron burbujas en el creciente charco de cera, que empezó a hervir en la fría piedra, con las mechas desprendidas que flotaban en ella, todavía en llamas. La cera chisporroteó y comenzó a arder, emitiendo un humo amargo y de repente, estalló un incendio. En el centro de la conflagración, el libro permanecía incólume.

Livia vio el fantasma de unas cosas a medio formar en las llamas danzantes, que la llamaban a que la acompañaran. La combinación de deber y curiosidad que la había impulsado durante tanto tiempo, se apoderó de ella por última vez. Se adentró en las llamas, sin ser tocada por ellas y cogió el tomo para ofrecerselo a aquellas intangibles formas. Agarrando el grimorio contra su pecho, dio un paso y otro paso más, mientras aquella antinatural conflagracion la rodeaba. El portal, finalmente, se estremeció y la absorbió por completo.